

# Apaloosa

Andrés Guerrero



EL BARCO  
DE VAPOR



sm





EL BARCO  
DE VAPOR

# Apaloosa

Andrés Guerrero



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Berta Márquez

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto y las ilustraciones: Andrés Guerrero, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

#### ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9741-7

Depósito legal: M-21249-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Laura y Ana, mis hijas.  
Ellas fueron las primeras de mi familia  
que montaron a caballo.*



«No es fácil vivir la vida sin caballos, pero más difícil será vivir el resto de mi vida sin ti».

«Para qué quiero los caballos si no puedo montarlos...».

APALOOSA





# ● 1

## LA CASA

LA CASA ESTABA ALLÍ.

Donde siempre había estado.

Al final de la calle, en la parte más alta y alejada de las demás viviendas.

Era una gran casa abandonada.

Una vieja y desvencijada casona, tan antigua que nadie en el pueblo recordaba cuándo había sido construida.

Siempre había estado allí.

Eso decían todos.

Que permaneciera en pie era un misterio; un permanente desafío a las más elementales leyes de la arquitectura y el equilibrio.

No era solo su aspecto fantasmagórico; también las leyendas que sobre ella contaban conseguían que todos, mayores y jóvenes, evitasen traspasar sus puertas.

—Mi abuelo dice que en la casa murió una vieja india.

–Dicen que era una bruja, que transformaba a las personas en ranas y en lagartos para después comérselos.

Tomás llevaba mucho tiempo escuchando aquellas historias sobre la casa.

Desde que era un niño pequeño.

Historias de espíritus y fantasmas que se contaban en voz baja, repitiendo las cosas que todo el mundo sabía y que, como siempre sucede, cada uno transformaba a su manera.

–Murió de una extraña enfermedad.

–Mis padres no me dejan entrar en la casa. Dicen que es peligroso, que podría contagiarme con algo malo.

–De algo maléfico...

Rodeando lo que en su tiempo fue un jardín, del que apenas quedaba más que el testimonio famélico de unos árboles resacos, existían los restos de una verja.

Estaba caída en su mayor parte, y servía para cualquier cosa menos para impedir que alguien entrase. A pesar de eso, nadie traspasaba aquel límite.

Nadie se atrevía a hacerlo.

–Se envenenó ella misma; por eso su fantasma continúa allí.

–Hasta que no muera otra persona en la casa, su espíritu no podrá descansar en paz.

Los amigos de Tomás se estremecían cuando hablaban de estas cosas, y el mismo Tomás, si comentaba algo sobre esto, lo hacía con reservas. No estaba del todo convencido de que aquellas leyendas no fueran en parte verdad.

No es que tuviera miedo; al menos, no de la misma manera que los demás.

Aquella casa le transmitía a Tomás una inquietante sensación.

Él era un experto en historias de misterio.

Conocía docenas de libros sobre casas abandonadas. Había leído todo lo que había caído en sus manos sobre vampiros y fantasmas, y había visto todas las películas posibles. Por eso no creía la mayoría de las cosas que contaban sus amigos. No tenían mucho sentido. Claro que las películas son películas, y aquello era real.

Muchas veces caminaba hasta la casa, se paraba frente a ella y permanecía allí, inquieto y pensativo, sin saber muy bien por qué.

Una extraña fuerza le atraía de una forma irresistible. Algo en su interior le llevaba una y otra vez allí, al tiempo que despertaba en él cierto desasosiego.

Era parecido a lo que sentía con las películas de terror.

Tomás disfrutaba con ellas. Le encantaba ese cosquilleo nervioso en el estómago.

Las veía acurrucado en su sillón, en la confortable seguridad de su casa, degustando el miedo con la tranquilidad de que nada de aquello podía suceder en la vida real.

–Solo son películas –se decía a sí mismo.

Pero la casa era real, y estaba allí.

Siempre había estado allí.

## ● 2

### APALOOSA

AQUELLA TARDE, Tomás había quedado con sus amigos en la biblioteca para estudiar, como hacían algunos días. Aunque al final casi nunca estudiaban. O no demasiado.

Muchas tardes, ni siquiera entraban en el edificio. Se limitaban a pasar el rato sentados en las escaleras, perezosamente, hablando de sus cosas y mirando con indolencia a la gente que entraba y salía con libros bajo el brazo.

Tomás no llegó a la biblioteca.

Como tantas veces, sus pasos terminaron una vez más frente a la vieja casa.

Allí se detuvo.

Podía haber sido una tarde de otoño como otra cualquiera. Una tarde sin historia. Una tarde más de amigos, biblioteca, risas...

Pero no fue así. La decisión que inesperadamente tomó aquella tarde cambió su vida y también sus sueños.

Sobre todo, sus sueños.

Traspassar la verja no supuso la menor dificultad: solo era una morralla herrumbrosa. Fue la emoción por violar aquel límite prohibido lo que le produjo una fuerte ansiedad. Aun así, no iba a echarse atrás.

Ya no.

Sus pasos, resueltos y sigilosos, le llevaron precipitadamente hasta el porche de entrada de la casa. La tarima apenas existía y los hierbajos y las zarzas crecían entre las destartaladas maderas. Empujó la puerta, pero, sorprendentemente, esta no cedió; debía estar atrancada por dentro, al igual que las ventanas de la planta baja, que estaban condenadas con viejas tablas que impedían el acceso. Le llevaría demasiado tiempo desentablar alguna.

No sería fácil entrar por allí, y desde la calle podrían verle. Quién sabe lo que pensarían; posiblemente le confundirían con un ladrón o con un vagabundo. Incluso podrían llamar a la policía. Sus vecinos, en esos casos, no lo dudaban ni un instante.

Decidió que sería mejor rodear el edificio y situarse fuera del alcance de las miradas de cualquier curioso, así que eligió una de las ventanas traseras.

Olvidados entre el herbazal, asomaban los viejos restos de algunas herramientas. Tomó una oxidada barra de hierro, con la que pudo hacer palanca y forzar las primeras tablas. No le fue tan difícil desclavarlas.

Dentro, el silencio era tan grande que podía oír los latidos de su propio corazón.

Le temblaban las piernas y un sudor frío le humedecía la frente.

–Esto parece una película –intentó bromear consigo mismo, pero apenas consiguió forzar una leve sonrisa de alivio.

Envuelto en aquella oscuridad, parecía como si el mundo exterior no existiera. La única señal de que fuera de allí había otra realidad era la débil claridad que se colaba por las rendijas de las ventanas.

Avanzó a tientas mientras sus ojos iban acostumbrándose a la escasa luz y su corazón, poco a poco, reducía el ritmo atropellado de sus latidos.

Solo al cabo de un rato pudo pensar claramente; entonces fue consciente de que estaba dentro de la casa.

Lo había hecho.

¡Por fin!

Después de tanto tiempo, había logrado superar el miedo.

¿Qué le había empujado a ello?

Él no podía saberlo, pero tarde o temprano hubiera terminado entrando.

Eso se esperaba de él.

Desde hacía años, en las páginas del destino estaba escrita su entrada en aquella casa.

Tomás no podía saberlo. Pero así era.

El silencio convertía el aire en algo denso, irrespirable.

Tal vez fuese el polvo que él mismo levantaba al andar lo que le asfixiaba. O tal vez fuera la incertidumbre. Pensar que estaba en un lugar donde quizás no debería estar, un lugar secreto y prohibido, ¿o no era así?

Por dentro, la casa era aún más grande.

Mucho más grande y oscura de lo que a simple vista le había parecido.

Seguramente era el miedo.

Tomás ahora tenía miedo, verdadero miedo, pero eso no impidió que siguiera adelante.

Estaba dentro.

Y era tarde para arrepentirse.

Se encontró frente a un largo pasillo flanqueado por varias habitaciones que, en la penumbra, intuía vacías. No se paró en intentar averiguarlo. Al final del pasillo, una desvencijada escalera subía a la planta de arriba. En ella centró toda su atención.

Intuía que, fuera lo que fuera lo que le había empujado hasta allí, ahora volvía a hacerlo, llevándole inevitablemente al pie de aquella escalera.

Cautelosamente, subió escalón tras escalón.

Veintiocho.

Tomás los contó uno por uno. Una vieja costumbre.

La madera crujía como en todas las películas de casas misteriosas.



Al darse cuenta, sonrió fugazmente.

«¡Vaya, son buenos los efectos especiales!», se dijo por lo bajito.

Consiguió relajarse un poco.

En una de las habitaciones de la planta de arriba había algo más de luz. Un estrecho ventanuco no había sido tapado; gracias a eso se podía ver mejor.

En su día, aquella habitación debió ser una biblioteca o algo parecido. Cubiertos por el polvo, se amontonaban una gran cantidad de libros, cuadernos y cuadros. Encima de la mesa, en el sillón, en los desordenados estantes..., incluso encima de la cama había una gran cantidad de cajas colmadas de libros polvorientos. Parecía como si todos aquellos objetos hubieran sido abandonados allí de cualquier manera, sin ningún tipo de orden ni sentido.

Pasó la mano por el cristal de unos de aquellos cuadros, descubriendo unos ojos oscuros que le miraban fijamente. Sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

—¿Quién eres? —preguntó en un susurro mientras terminaba de quitar el polvo al viejo retrato.

*Columbia River. Apaloosa. 1881*

Era una india.

Una india joven, ataviada con un vestido de piel con flecos y adornada con plumas y colgantes.

Quitó el polvo a varios cuadros más; igual que aquel, todos eran fotografías.

En una, un grupo de jinetes; en otra, un piel roja de aspecto solemne que, por su expresión, parecía alguien importante.

*Chief Joseph. 1881*

Él no sabía mucho de indios, y no tenía la menor idea de quién era aquel Chief Joseph.

Era una foto conocida: un jefe indio. Uno de tantos de los que podían verse en cualquier libro de historia. Todos se parecían.

Si hubiera limpiado una más, se hubiera encontrado con el retrato de un hombre blanco.

Un hombre sonriente, con el pelo largo y gris, con una poblada barba, y a su lado un muchacho rubio; un chico de su edad, exactamente como él.

Y debajo, ocultas por el polvo, unas palabras grabadas y una fecha:

*Tom y Yo. 1877. Hacia el Oeste*

Pero no lo hizo.

Aún no era el momento de hacerlo.

Dicen que el destino está escrito de antemano y que se cumple inexorablemente, sin que podamos hacer nada por evitarlo.

El misterio que guardaba aquel retrato siguió oculto a la vista de Tomás.

Entre el montón de libros y fotografías, Tomás encontró un viejo cuaderno forrado de piel y atado por unas tiras de cuero, que se desmenuzaron entre sus dedos al intentar desatarlas.

Con un soplo quitó parte del polvo de la cubierta y pudo leer: «APALOOSA».

Otra vez aquella palabra. No conocía su significado. Parecía un nombre indio.

La repitió varias veces.

Al leerla en voz alta, le sonó extrañamente familiar.

–Apaloosa...

Abrió el cuaderno con cuidado. En su interior había un montón de hojas amarillentas escritas a mano, entre las que aparecían más fotografías y también dibujos. Quedó fascinado. Todo el miedo y el desasosiego que había sentido hasta ese momento desaparecieron, y una extraña sensación de tranquilidad inundó sus sentidos.

De repente se encontraba en un lugar seguro.

Se acercó al ventanuco con el cuaderno en sus manos.

Emocionado por aquel hallazgo, y con un hilo de voz, comenzó a leer.